

ERNESTO SCHOO

MI BUENOS AIRES  
QUERIDO



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

*Primera edición: mayo de 2011*

Diseño y maquetación: Pre-Textos  
Diseño del logotipo de la colección: Nina Müller

© Ernesto Schoo, 2011

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2011

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

[www.pre-textos.com](http://www.pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15297-30-7 • DEPÓSITO LEGAL: M-29225-2011

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

## MI CIUDAD

No me importan los desaires  
con que me trate la suerte;  
argentino hasta la muerte:  
he nacido en Buenos Aires.



ÉSTE no es un río amable, ni generoso. Los ríos amables atraviesan las ciudades –Sena, Támesis, Tíber, Arno, Moldava, Ródano–, o las costean con benevolencia, como el Rin, reflejando en sus aguas, por lo general apacibles, las pintorescas poblaciones ribereñas. El Plata está ahí, indolente, prolongación líquida, color de tierra, de la monótona llanura pampeana, ese «vértigo horizontal», en la aguda definición de Drieu La Rochelle. Se nos acusa a los porteños de no amar a nuestro río, al que desde siempre volvimos la espalda. Ocuere, creo, que desconfiamos de él: sospechamos que es una masa de agua muy ladina, llena de malevolencia y de picardía. Picardía criolla, claro. En realidad, vendría a ser un mar, un brazo de mar disfrazado de río: no en balde su descubridor, don Juan Díaz de Solís, lo llamó Mar Dulce. Parece tranquilo y un poco distraído, siempre como a la espera de algo –algo espléndido, prodigioso, que por fin dará sentido a las vidas de quienes habitamos a su vera–; algo que nunca llegará. Sus iras son temibles: no sólo inunda los barrios ribereños y hasta los que no lo son pero albergan en sus profundidades cursos de agua por lo general tranquilos, que aumentan de caudal y brotan en las grandes lluvias, sino que el oleaje del Plata, en tiempo tormentoso, es capaz de provocar naufragios y cobrarse vidas. En cambio, no abunda en suicidas: rara vez alguien elige ahogarse voluntariamente en nuestro río. Acaso porque sus aguas sucias no son atractivas y no sugieren exaltación romántica, sino tedio.

Las gentes razonables dirán: «Lo que pasa es que es un estuario». Y citarán al Tajo en Lisboa, o al Po en su vasta planicie melancólica. Sí, es un estuario. Pero carece de encanto, al menos aquí, en contacto directo con la ciudad. Yendo hacia el norte de Buenos Aires, a lo largo de las pequeñas ciudades costeras (Vicente López, Olivos, San Isidro, hasta llegar al Tigre), asume un aspecto más agradable, se vuelve pintoresco. Y cuando empieza a declinar el día y la tarde avanza, el Plata adquiere un color lila que vira al malva y por fin al morado, embelleciéndolo notablemente. Victoria Ocampo, desde cuyo caserón en San Isidro se divisa el río en todo su esplendor, lo destaca en sus *Testimonios*: dice que al atardecer, el Plata muda su color diurno de café con leche, en lilas y violetas de matices refinados.

Eso, hacia el norte. En su deriva hacia el sur, mucho antes de fundirse por fin con el Atlántico (en la bahía de San Borombón, ya en la provincia de Buenos Aires), el Plata corre la misma suerte de los barrios ubicados en la zona meridional. Se vuelve proletario, se enturbia, se pudre –literalmente– en el Riachuelo, su tributario fiel e igualmente descuidado, cementerio de barcos semihundidos y cloaca de los establecimientos industriales linderos. Ya no hay peces en él, tan sólo miasmas y pestes varias. Hubo un magnífico paseo costero, la Costanera Sur, más conocida en su apogeo como Balneario Municipal. Llevó más de veinte años construirla, entre las décadas del diez y del treinta del siglo XX: una ancha avenida, bautizada Tristán Achával Rodríguez, con un bulevar central realzado por álamos esbeltos, hermosos monumentos y una pérgola asomada al río de la cual pendían en primavera los racimos de glicinas. Los porteños podían allí disfrutar del Plata, relativamente limpio porque se lo dragaba a menudo: un espigón culminaba en la estatua dedicada a la hazaña del aviador español Ramón Franco (hermano de Francisco), quien en 1926, con dos copilotos, cu-

brió por primera vez en su aeroplano *Plus Ultra* el trayecto desde España hasta la ciudad de Buenos Aires, donde fue recibido por multitudes delirantes.

En las noches de verano de los años treinta, la Costanera acogía a esas mismas multitudes, ansiosas de refrescarse y de creerse, por un momento, a salvo del pegajoso, insoportable verano porteño: declaraba Ortega y Gasset que en Buenos Aires, en verano, resulta imposible pensar. Había restaurantes: un «Múnich» (nombre genérico dado aquí a los restaurantes especializados en comida alemana) muy elegante, obra maestra, fechada en 1929, del arquitecto húngaro Andrés Kálnay, una mezcla de *art déco* y fantasía orientalista; también churrasquerías varias y los inolvidables tablados, con guirnaldas de bombitas de colores, donde cómicos de la legua daban rienda suelta a la más grosera chabacanería. Y, sin embargo, en esos lugares más bien sordidos, se entrenaron algunos de los actores cómicos más notorios de los decenios siguientes.

Alejada de ese bullicio, abandonada en un rincón poco accesible de la Costanera, aunque a pocos pasos de la Escuela Superior de Bellas Artes, una bellísima fuente de mármol sobrevivía –sobrevive– exiliada por la mojigatería de los porteños de comienzos del siglo XX. Es la obra maestra de una notable escultora argentina, Lola Mora (Dolores Mora de Hernández), formada, alabada y premiada en Italia, donde concibió y esculpió su fuente famosa. Más famosa, tal vez, por el escándalo que suscitó al ser emplazada en el centro de la ciudad, cerca de la casa de gobierno. Atlético jóvenes desnudos contienen a espléndidos caballos de revueltas crines, encabritados, mientras, más arriba, las nereidas (el nombre oficial del monumento), tan escasas de ropas como aquéllos, alzan en vilo a la mismísima Venus, diosa del amor, que sonríe benévola y extiende un brazo, bendiciendo ese tumulto de cuerpos entreverados. ¿Cómo podía semejante

exhibición de belleza física sin tapujos, y de alborozo erótico, ser vista sin sonrojarse por los habitantes de la ciudad, allá por 1900? De inmediato el clero y las damas piadosas clamaron al cielo, y la municipalidad no quiso contrariarlos. Venus, las nereidas, los caballos y sus diestros domadores fueron a parar a donde pocos podrían verlos, y allí están todavía. Desde hace unos cuarenta años hay propuestas de reubicar la magnífica fuente barroca, que no desentonaría en Roma, ni en París, de nuevo en un lugar céntrico. Pero la intemperie, la usura del tiempo y la falta de mantenimiento adecuado la han vuelto, al parecer, extremadamente frágil, y moverla significaría un riesgo fatal. Mejor dejarla ahí y peregrinar para ir a verla: quien lo haga, no volverá defraudado.

A mitad de esta Costanera Sur, hoy tan estropeada, brota en el río la Reserva Ecológica. Una verdadera rareza urbana, nacida por partes iguales de la improvisación y la desidia. El Club Atlético Boca Juniors, uno de los mayores del fútbol argentino y acaso el más popular de todos, intentó crear allí, sobre el río, una Ciudad Deportiva, un colosal emprendimiento inmobiliario y deportivo, con sus instalaciones propias y viviendas de alto nivel. Hará de esto unos treinta años: las obras se iniciaron y, como sucede a menudo en la Argentina, a raíz de imprevisibles vaivenes políticos y económicos, fueron abandonadas. Los terrenos que les estaban destinados y las pocas paredes que se habían alzado, quedaron librados a la intemperie. La naturaleza, como es su obligación, avanzó sobre ellos. Lentamente, como quien vuelve atrás en la lectura, o atrasa las agujas del reloj, la flora y la fauna propias de la región del Plata regresaron a un ámbito propicio. Volvieron las plantas típicas, las aves y los pequeños mamíferos que Charles Darwin, que nos visitó hacia 1833, describiera en su ameno *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. La Reserva Ecológica es hoy una en-



marañada selva en miniatura, recostada a orillas del paseo costero. La visitan los turistas y, a menudo, también incendiarios que tal vez sean simplemente descuidados, o tal vez (éste es el criterio más difundido) sicarios enviados por quienes codician esas tierras, con fabulosas perspectivas para operaciones inmobiliarias de alto nivel. El fuego podría abrir caminos a inversiones cuantiosas.

Porque, para no pecar de injustos, reconozcamos que en el último decenio Buenos Aires ha empezado a reconciliarse con el río. A su vera, en los antiguos depósitos de los diques portuarios (un puerto hoy casi obsoleto), moles de ladrillo, de traza bien inglesa, ha surgido el barrio más encumbrado, desde el punto de vista monetario, de la ciudad. Como se hizo en Londres a orillas del Támesis, los depósitos fueron convertidos en carísimos departamentos, en restaurantes de lujo, entre bien cuidados jardines y amplias calles para pasear cómodamente y circular en auto sin problemas, o casi. Con rapidez han surgido torres altísimas y esbeltas, tanto para vivienda como para oficinas: todos son edificios «inteligentes». Las firmas hoteleras más prestigiosas del «primer mundo» han instalado allí sus sucursales, hay casinos flotantes y un bellissimo puente diseñado por el arquitecto Santiago Calatrava. A Puerto Madero, que así se llama el nuevo barrio, siguiendo la denominación tradicional de la zona, se han mudado en masa las figuras, las figuritas y los figurones de la televisión, el deporte, las pasarelas de la moda y, por supuesto, los funcionarios públicos encantados de co-dearse con toda esa fauna y alardear de su flamante riqueza.

A los viejos porteños, por el momento, Puerto Madero nos resulta tan exótico como el Barrio Chino incrustado hoy en la parte baja de una zona tradicional, Belgrano, antaño pequeña ciudad independiente y anexada a Buenos Aires en 1884. Tan exótico y mucho menos cálido. Porque, aparte de los viejos depósitos de aduana, con los hermosos mati-

ces cobrizos de sus ladrillos, Madero (del apellido del ingeniero que lo diseñó) es hoy una colección de edificios blancos, altísimos e impersonales. Todos ellos «inteligentes», según dicen. Todo funciona a botón, u oprimiendo una placa. Casi no hay presencia humana visible. Desde que se toma un ascensor, las voces descarnadas y monótonas, como de doblaje cinematográfico, lo van guiando a uno por interminables, laberínticos pasillos alfombrados, flanqueados de puertas herméticas. No hay un atisbo de luz externa. Y lo de guiar al forastero, es un simple decir. A quien escribe estas líneas, al menos, le ha resultado, hasta hoy, imposible arribar a un apartamento («departamento», decimos acá) o una oficina, en este barrio, sin equivocarse varias veces. Falta de costumbre, se dirá, con razón. Como la falta de la pátina del tiempo: no puede existir todavía, llevará varias generaciones. O, acaso, a las generaciones futuras la pátina del tiempo no les importe en absoluto y les encante vivir en esos túneles apilados, dándole a los botones. La visión de estas avenidas vacías, sobre cuyos flancos no hay todavía tiendas, ni vidrieras, ni farmacias antiguas, es deprimente. Los fastuosos hoteles internacionales, el casino flotante, las fortunas recientes y el poder político han ocupado casi totalmente Puerto Madero. Que les aproveche.